

prólogo de la obra de Casiri constan los nombres de los autores árabes que tratan en los códices del Escorial de historia y matemáticas, de astronomía y geografía. Sólo de historia examina Casiri más de ciento veinte códices, y entre ellos merecen citarse el señalado con el número MDCXLIX que trata de «Autores de historia,» el código MDCXXXVI que tiene un «Índice de todos los historiadores árabes,» el código MDCLXVIII de escritores árabes y otros códices con índices alfabéticos biográfico-bibliográficos, crónicas, descripciones de Granada, etc., etc.

Hay un código con el número 1652 del inventario de la Biblioteca titulado «Arte militar de Ben-Azil» que es de interés. Se halla también con los códigos hebreos de la Biblioteca del Escorial un manuscrito titulado «Historia del Imperio de Nabucodonosor y de sus sucesores.» Estante G., plúteo 2.º

Entre los manuscritos de ciencia y arte militar, los hay autógrafos de mucha importancia y de mérito científico, literario y bibliográfico, es digno de especial mención el de D. Alfonso, Duque de Estrada Portocarrero, titulado «Deberes de las clases militares desde soldado á capitán general.» Está dedicado al Duque de Sanlúcar la Mayor, Conde de Oli-

vares, y manifiesta el autor, que continuando los servicios de sus antecesores, pertenece al Ejército español durante veinte años é ingresó en él cuando tenía catorce de edad, ocupando todos los puestos de la milicia, desde soldado particular á cabo de escuadra, sargento, alfe-rez, entretenido, capitan de infantería y sar-gento mayor. Y por esta experiencia propia, cree en provecho de la Nacion y del Ejército que su libro ó breve epítome de las obligacio-nes de cada oficio militar, puede ser de gran utilidad. Comienza su discurso primero, ma-nifestando lo que es y debe ser el soldado y véase qué lenguaje y qué ideas sustentaba en aquella época al hablar de los merecimientos y virtudes principales de un buen capitan, quien perteneciendo á un linaje ilustre dice: «Debajo de la bandera en que el soldado hu-biere de sentar plaza, elegirá el capitan que sea el de mayor nombre y virtud que halláre en el ejército, porque á los tales es á quienes los generales encomiendan empresas dificultosas y allí es donde se han de mostrar los buenos soldados, procurando ser los primeros á cual-quiera faccion, con que se acreditan y ganan opinion y fama. como lo hicieron los de D. Rodrigo Zapata en Flandes, que por sus hazañas que hicieron los llamaban los enemi-

gos, de la bandera sangrienta, y asimismo, los que acometieron á la artillería con D. Lope de Figueroa en la jornada de Pissa, y en la guerra de Granada los ginetes de Tello de Aguilar. Y esto ha de ser sin tener presuncion vana, como hacen algunos que no quieren ser mandados ni sujetarse á capitan que no sea muy ilustre en linaje, aunque le falten los efectos, como si la nobleza romana no se hubierapreciado de seguir por muchos años las banderas de Cayo Mário, nacido de pobres y viles padres. Y las de Basso, natural de una alquería de Asculi, que por su valor, vino á ser, de cavador y bagajero, capitan general.» «Ni tampoco se despreciaron Felipe Vicecómite, Duque de Milan y otros potentados de Italia, de tener por su capitan general á Nicolo Pichinino, que era hijo de un carnicero.» «Ni la Señoría de Venecia, á Francisco Carmañola, que fué pastor de ganado: y otros muchos Príncipes y repúblicas ansiaron el gobierno de sus ejércitos y la defensa de sus Estados de semejantes caudillos por el valor de sus ánimos.» «Y no contradigo, que si el capitan que es caballero tuviese el sér y fortaleza que conviene, entónces con mayor cuidado se ha de procurar asistir en su compañía, que en la del que no fuese tal.» «Pero si

la nobleza no estuviese acompañada con otras buenas partes y que en adelante se dirá, en tal caso, mejor es elegir la virtud, que es el verdadero camino por donde se ha de valer, que pocas veces se pierden los trabajos obrados con ella y mediana fortaleza, en compañía del capitán virtuoso, experimentado y prudente.»

Al hablar de las vejaciones de las tropas en los países por donde van, dice: «las sin razones é injusticias hacen de los amigos enemigos y de las ovejas leones y de los fieles infieles, que quien da causa á la pérdida y al daño, poco ménos es.» «En lo que el soldado se ha de esmerar y poner cuidado, ha de ser en lo que toca á las armas, que es el fin y principio de lo que profesa y en el manejo de ellas; y si éstas fueren las sedas y el oro y galas que trajere, será capaz y hábil para mayores cargos, que en lugar del ámbar, parece muy bien el olor del hierro y pólvora.» «Le será de gran importancia leer historias para avivar el ánimo y perfeccionar el ingenio.»

Se ocupa despues de los deberes del cabo de escuadra, del sargento y del alférez, del capitán, sargento mayor, maese de campo, etc., y al tratar del alférez, dice: «que debe tener las calidades de un perfecto alcaide en nobleza y estimacion de honra para que

la sepa guardar y morir por defenderla, sin jamás desampararla, como lo hizo el alferez Olea en la batalla que el Conde D. Gomez y D. Pedro de Lara tuvieron por la Reina Doña Urraca de Castilla contra el Rey Don Alonso de Aragon su marido, en que fueron vencidos, y el Conde muerto, que siéndole cortadas entrambas manos á este caballero por quitarle la bandera, la recogió en sí con los troncos de los brazos, y la defendió valerosamente, apellidando su nombre.» «Y como el alferez tudesco en el reencuentro que el Rey D. Fernando de Nápoles tuvo con los franceses y tudescos, cercados en Abella, sobre el coger del agua, que fué hallado muerto, con la mano derecha cortada y la izquierda y que con los dientes tenía asida la bandera, que parecia que habia expirado cuando comenzó á hacer aquel hecho de invencible valor.» «Y tambien el otro alferez Illescas, que siéndole arrebatado el brazo derecho y la bandera de un balazo en la batalla del Garellano, la levantó con la mano izquierda, y siéndole cortada por quitársela, la recogió en sí y defendió sin retirar pié atrás, hasta que los franceses volvieron las espaldas vencidos y desbaratados.» «Y con el mismo valor, Pedro de Avellanada, alferez del capitan Machin de

Munguia, hallándose en la defensa de la Nao Aragonesa, cuando la jornada de la Prebiosa, y siéndole llevada una pierna de un balazo, campeó la bandera en popa, refirmado sobre la caña del muslo, hasta que vino la noche, que murió, porque es tanta la presuncion que se tiene en defender estas insignias (como propiamente las llaman los italianos y franceses), que prometen los que las tienen á su cargo, de morir desesperadamente ántes que perderlas, como lo hizo un alferez español cuando fué desbaratada nuestra Armada sobre los Gelves, que viéndose quedar en poder de turcos sin esperanza de salvacion por haberse apoderado de su galera, acordó poner en cobro la bandera de suerte que no pudiese venir á sus manos, y armado como estaba, se revolvió en ella, y abrazado con el asta, se echó cabeza abajo á la mar, para que juntamente con él fuese á pique, donde estuviese para siempre segura de los enemigos.» «Y así, cuando una batalla se gana, por las muchas banderas que perdieran los enemigos, se hace más famosa, y los generales vencedores las suelen poner por trofeos en sus entierros y capillas, como parece en el de el Gran Capitan en San Gerónimo de Granada y en el del Marqués de Santa Cruz en el Viso, y el

estandarte real del gran turco, que se ganó en la batalla naval de Lepanto, en el Escorial.» «Y algunos descendientes de generales las suelen traer por orla en los escudos de sus armas, como los de la casa de Toledo, las que ganó D. Fernando Álvarez de Toledo, su antecesor, siendo general del Rey D. Juan II, contra los Reyes de Aragon y Granada en las batallas diferentes que con ellos tuvo.»

Este interesante manuscrito autógrafo lo tengo copiado íntegro y pienso publicarlo muy en breve, con otros varios que considero de utilidad para el Ejército.

Es también inédito, escrito y firmado por el capitán Gerónimo de Contreras en 30 de Agosto de 1570, un códice de esta Biblioteca, que se titula «Vergel de varios triunfos,» dedicado á Felipe II. Consta de diferentes triunfos ó capítulos en verso y prosa, con la dedicatoria siguiente al Rey: «Puesto que mi bajo ingenio y rudo estilo le conozco, poderosísimo y católico Rey y Señor nuestro, todavía conociendo la benignidad de Vuestra Magestad, me he atrevido á poner debajo de sus muy poderosas y Reales manos domadoras y vencedoras de sus enemigos, este Vergel de varios triunfos, acordándome que el año de sesenta en Toledo, despidiéndome de Vuestra

Magestad para ir á gozar del entretenimiento que en el Reino de Nápoles me hizo merced, dije que haría alguna cosa, en la cual mostrase una pequeña parte del valor de España; que todo sería imposible, y así he cumplido mi palabra, componiendo este tratado, el cuál he dirigido á Vuestra Magestad, pórque con tal amparo, vaya seguro de mano en mano, sin que sus faltas sean conocidas, por donde suplico humildemente á Vuestra Magestad le reciba y favorezca: y nuestro Señor, que á Vuestra Magestad hizo tan justo, tan católico y bueno, le dé mucha vida y salud, para que con ella se gocen los Reinos y Señoríos sujetos á Vuestra Real Corona, y se aumente en mayor número la cristiandad, para mayor gloria y alabanza de Dios. Vasallo y criado de Vuestra Magestad, que sus Reales manos besa, Gerónimo de Contreras. Empieza así su manuscrito:

Compuse este Vergel de varias flores  
 y díle por su nombre Vergel vário,  
 pues es vário un pintor en los colores,  
 y en hiervas conocer el hervolario,  
 y es lo mismo un galan en sus amores  
 y en piedras el famoso lapidario, (\*)  
 y todo lo demás de cualquier suerte  
 es pura vanidad, hasta la muerte.

(\*) Aludiendo quizás, al famoso códice lapidario de Don Alfonso X, existente en la biblioteca del Escorial, de que nos hemos ocupado.



Como muestra del estilo que emplea el autor en sus descripciones, insertamos los siguientes versos:

. Y aquel que ves allí del estandarte  
con el rostro á la mar sobre la proa,  
es quien tiene en el mundo muy gran parte  
y así fama inmortal sus hechos loa,  
no es este Agamenon, ni el fiero Marte  
que Homero por loar, ántes desloa,  
más llámase Don Juan, su propio nombre  
de Austria donde está, vino renombre.

Es hijo de Don Cárlos, el primero  
Rey, que tuvo este nombre en nuestra España  
y del nombre así mismo fué el postrero,  
que enfrenó las potencias de Alemania,  
el cual con celo santo, verdadero,  
conociendo del mundo como engaña,  
dejó cetro, corona, mando y silla,  
escogiendo, un rincón pobre en Castilla.

Y más adelante dice:

De Florencia y Saboya, son aquellas  
galeras que parecen de esta parte,  
y entiendo que navegan siempre en ellas  
caballeros y hombres de gran arte:  
y aquellas que allí ves, en medio dellas,  
con la divina cruz, por estandarte,  
son del Papa y las mas de Jenoveses  
y aquestas de famosos Portugueses.

Y en aquella galera despalmada,  
 á quien siguen las siete á gran porfía,  
 viene el sabio y valiente Gil de Andrada  
 de mostrar su potencia y valentía  
 en el antiguo Reyno de Granada,  
 á la parte del mar, junto Almería,  
 en el cual ha mostrado muy de véras,  
 su bondad y el valer de sus galeras.

Que todos estos fuertes caballeros,  
 irán por tierra y mar á castigallos,  
 mostrándose en vencer leones fieros:  
 y á su Rey con amor, firmes vasallos,  
 no preciano riquezas, ni dineros,  
 queriendo en sus estados empleallos  
 en aqueste servicio, viendo cierto,  
 quedar victorioso el vivo y muerto.

CONSEJERÍA DE CULTURA

Otro código militar hay en esta Biblioteca de Antonio Cornazano, traducido del italiano en versos endecasílabos, por Lorenzo Suarez de Figueroa, Alcaide del Castillo de Novara, es curioso, y se titula «Reglas de la milicia.» Está encuadernado en terciopelo, tiene viñetas en las portadas y son miniadas de colores las letras mayúsculas de sus capítulos. Se halla en el estante B, plúteo 4.º, y dice así en su dedicatoria al Rey D. Felipe: «En haber yo penetrado una pequeña parte de la felicidad en que Dios nos ha puesto á los españoles, ha-

ciéndonos nacer vasallos de Vuestra Magestad, se ha encumbrado tanto mi juicio, que he osado emprender la traduccion de las reglas militares de Antonio Cornazano, que siendo obra tan profunda y dura y llena de tantos ejemplos y doctrina, no bastara mi ingenio á la milésima parte, si de tal fuego no se hubiera encendido y alumbrado.» «Y, pues, con ésta, se junta la inmortalidad que nos ha dado el valor y divino juicio de los belicosos Reyes, antecesores de Vuestra Magestad, con habernos encaminado y conducido á las victorias que tan dignas de memoria hemos habido y el de Vuestra Magestad, á quien la cristiandad (con tanta razon) tiene por verdadero y firme amparo, y las naciones más belicosas del mundo por Señor y verdadero padre de milicia, etc., etc.»

Comienza este manuscrito con una importante carta al lector que no me parece ocioso dar á luz para que se comprenda su objeto, y porque en ella se lamenta el traductor Suarez de Figueroa de que la nacion española «fiándose de la fortaleza de ánimo y récia complexion de que la naturaleza la ha dotado, *se da ménos que otras al estudio militar.*» La expresada carta ó prólogo del manuscrito dice así: «Si en las artes que se ha-

cen con el espíritu quieto y reposado es necesaria la doctrina, cuánto más lo debe ser en la milicia, donde ningun punto se puede mover sin contraste de hambre, sed, calor y frio, necesidad y temor que á cualquiera ánimo, por fuerte que sea, naturalmente altera.» «Esto dejaré considerar á quien de ello tuviere conocimiento y diré: que las reglas de Antonio Cornazano (cuanto á mi juicio) comprenden tanto, que dudo haber hombre escrito en guerra tan profundo y copioso como él y conociendo á la nacion española, fiándose de la fortaleza de ánimo y récia complexion de que natura tanto la ha dotado, *se da ménos que otras* al estudio militar, y que las que de ella han fido vencidas y superadas, siempre que han venido á las manos, presumen con el artificio, no tan solamente repararse, más herir y ofender. Instado del deseo que un buen vasallo debe tener al servicio de su Rey y Señor natural, y del amor entrañable que tengo á mi nacion, me he movido á hacer esta traduccion, con esperanza que de ella he de sacar algun fruto y aunque la excusa ántes de la calumnia denota error, no dejaré por eso de responder á algunas objeciones que un ingenio más acendrado que el mio, en obra tan dificil, pudiera con mucha razon temer, no tanto por

excusarme, cuanto por declarar cuál haya sido mi intento en la manera de proceder en esta obra, y así digo: que el intérprete (como se sabe) no es obligado á responder voz por voz en aquella lengua en que traduce, sino mudar fielmente el censo del censo, porque la traduccion de otra manera sería imperfecta. Y puesto que yo esto haya observado, mandó la ley comun, todavía habiendo sido este autor cerrado en su deber, y de tal manera, que si yo en todo lo hubiese querido seguir punto por punto, la traduccion habria quedado en nuestro romance castellano más confusa que no está en su original.» «He sido forzado á desviarme un poco en algunas partes para declarar en nuestra lengua lo que en la que lo escribió, dejó tan oscuro, que muchos por este defecto han dejado de tratarla y leerla, y los que la han leído han sido los que por el útil que de ella han sentido, han querido entenderla, sufriendo su aspereza con la paciencia, como se sabe de cierto Señor Próspero Colonna, de buena memoria, que no solamente la leyera, más la tenía por tan familiar, que *(siendo el único preceptor de milicia)* se deleitaba y no se despreciaba de decir de coro delante de los escuadrones, todo un capítulo, según venía al propósito de lo que se hablaba.»

«Y en cuanto á la declaracion de los nombres de armas, máquinas, instrumentos de guerra (por ser en los más de ellos desusados incógnitos y sin moderna apelacion la mayor parte he dejado en los propios nombres en que los he hallado en el autor, y lo mesmo he hecho en los nombres de provincias, montes, rios, ciudades, pueblos, naciones y varones particulares, por desviar todo género de confusion.»

«Y aunque en esta mi traduccion se hayan de hallar más cosas en que la perfeccion se deba desear que envidiar, si de Homero se dice (siendo aquel raro y excelente varon) haberse dormido en algunas cosas, en su misma invencion, no se maravillara el discreto lector que el traductor se haya ofuscado en tanta antigüedad de cosas, diversidad de costumbres, reglas y religiones, donde sería necesario ser más presto adivino que traductor y más siendo la cosa que con mayor dificultad se hace, por lo cual, y por la causa que á ello me movió, se me debe algun perdon.»

Este manuscrito comprende nueve libros, divididos en cincuenta y seis capítulos, que entre otras muchas cosas, tratan del arte militar, de sus primeros inventores y diversos modos con que fué ejecutado, naturaleza, condicion y sentimientos del buen soldado,

necesidad ó conveniencia de que el capitán y el soldado sean letrados y memoriosos; cualidades del capitán; el capitán debe tener secreto su pensamiento y procurar entender el del enemigo; modo de conducir un ejército; provisiones y alojamientos; modo de acampar bien y cómo; astucias de guerra; consejos ántes de la batalla; manera de combatir; de caballos, armas ofensivas y defensivas; cómo se ha de seguir la victoria y gobernar una tierra cercada; lo que ha de hacer el que es sitiado; de la clemencia con la ciudad vencida, etc., etc. Como muestra de la forma en que se tratan estas cuestiones y de su estilo, copiamos lo siguiente, debiendo advertir, que el *fondo* de este manuscrito y lo curioso del libro es lo que recomendamos, no la forma literaria de sus versos como obra poética, que adolecen de los defectos propios de aquella época.

Quien ánimo gentil y alto tuviere,  
y deseare el triunfo y la victoria,  
constancia mostrará en lo que emprendiere.

. . . . .

Tomando luego un medio y firme estilo  
para perfecto ser, será el soldado  
villano en cuerpo, en ánimo un Camilo.

Así que el príncipe, un hora, ni un rato,  
si el hijo en guerra lo querrá valiente,  
no le deje en lascivias tener trato.

Este de las delicias siempre ausente,  
no se corra dormir sobre una estera,  
ni en tierra, con la vil y baja gente.

De bailes, téngalo y banquetes fuera  
y hágale de arnes enmascararse,  
corriendo con almete y con visera, etc.

Juan Huarte, célebre médico y filósofo del siglo XVI, escribió un notable libro «Exámen de ingenios para ciencia» y se ocupa en él, en su capítulo XV, de todo lo necesario para el arte militar ó sea «qué diferencia de habilidad pertenece al arte militar» y «con qué señales se ha de conocer el hombre que alcanzare esta manera de ingenio.» «La malicia y la milicia, dice Huarte, casi convienen en el mismo nombre: cuáles sean las propiedades y naturaleza de la malicia, traelas Ciceron diciendo: *malitia est versata, et falax nocendi ratio.*» «De la misma manera, en la guerra no se trata de otra cosa más de cómo ofender al enemigo y ampararse de sus asechanzas.» «Así, la mejor propiedad que puede tener un general es ser malicioso con el enemigo y no echar



ningun movimiento suyo á buen fin.» «Por esta razon el capitan debe tener una imaginativa adivinadora, que sepa conocer los engaños que vienen debajo de alguna cubierta.» «Pero el entendimiento es tan impertinente en las maquinaciones, como los oidos para ver.» Manifiesta que el arte militar pertenece á la imaginativa y dice: «que la diferencia de esta facultad, que pertenece al ejercicio de la guerra, no es la que hace al general valiente y atrevido, peleando á cureña rasa y rompiendo á su enemigo, sino lo que con ardides y mañas le destruye, sin que le cueste un soldado.» Hé aquí expresados por Huarte los fines de la estrategia adelantando con sus ideas en este particular. los conocimientos estratégicos de nuestra época, en la cual las batallas se deciden más aún que por la fuerza, por las combinaciones más ó menos hábiles y por los movimientos estratégicos, realizándose hoy por los esfuerzos de la instruccion de los jefes militares y por el poder de la inteligencia, una de las célebres máximas de Justo Lipsio cuando afirma en su doctrina civil, que «el ejército vale tanto cuanto el que le manda.» Analiza Huarte en su obra «Exámen de ingenios» las circunstancias que deben concurrir en un buen general, compara «el juego de ajedrez al arte

militar, representando en él todos los accidentes de la guerra y así como en este juego «no hay fortuna» ni se puede llamar dichoso al jugador que vence á su contrario, ni al vencido desdichado, así tambien el capitan que venciere se ha de llamar sabio y al vencido ignorante.» Este manuscrito, copia y extracto de la obra que se dió á la imprenta en 1575, fué prohibido por el tribunal de la Inquisicion, que impidió la tirada del libro, publicándose posteriormente despues de algunas supresiones.

D. Juan de Solorzano Pereira, del Consejo de S. M., escribió en el siglo XVII unos «emblemas latinos de sentencias y observaciones necesarias para formar un Príncipe perfecto;» de estos emblemas se ocupa un manuscrito del Escorial, y sobre ellos escribió su famoso libro «El Príncipe perfecto,» el P. Jesuita Andrés Mendo, cuya obra dedicó al Rey Felipe IV, y en la cual hay *documentos* ó *capítulos* admirablemente escritos. Debemos recordar entre ellos (y llamar la atención de que quien así se expresa es un Jesuita) el titulado «La sangre heredada se oscurece no ilustrándola con virtudes propias.» «El valor y prendas recibidas de otros, granjean estimacion y respeto, pero ha de conservar el Príncipe este resplandor con virtudes y haza-

ñas suyas que granjean con título más justo la alabanza, y ésta no se puede dar á quien no tiene más gloria que la de su ilustre descendencia.» «El nacer en familia estrecha acorta el ánimo; felicidad es recibir gallardos alientos en el nacimiento ilustre.» Así lo reconoció el Rey D. Alonso el décimo, en el proemio de las Partidas cuando dice: «E otrosí, la muy grande merced que Dios nos fizo, en querer que viniesemos del linage onde venimos. e el lugar en que nos puso; faciendonos Señor de tan buenas gentes.» «Pero el valor y la sangre heredados, empiezan en acciones heróicas.» «Es el lustre propio, mas plausible que el adquirido; que el valor de cada uno se descubre en sus trabajos.» Pintó Apeles á Alejandro vibrando los rayos de Júpiter y rindiendo con ellos los Reinos que sujetó á su corona; reprendió justamente Lisipo la impropiedad de la pintura diciendo: «que hubiera sido mayor prudencia pintarle ganando triunfos con sus armas propias, que no con las ajenas y aunque era primorosa la pintura, era errada la lisonja.» «El alabar á uno de noble, es dar á sus progenitores la alabanza; aplaudirle por rico es significar el favor de su fortuna; aclamarle por sus artes y costumbres, es engrandecerle á él mismo.» Alababa uno al Rey Don

Alonso el primero de Nápoles y Aragon, de que era hijo, nieto y hermano de Reyes: interrumpiéndole, dándole á entender, que con aquellos encomios alababa á sus ascendientes y no á él; que deseaba más, la alabanza de sus virtudes vivas, que de sus padres muertos. «Lo que pasó ántes de tí, no es tuyo.» «La herencia de la nobleza es un contrato que obliga de derecho á ser bueno al heredero; de otra suerte la honra derivada de los mayores se convierte en afrenta.» «Es menor descrédito nacer sin nobleza, que degenerar de la heredada.» «El que nace humilde, con sus acciones y virtudes se hace noble; quien nació noble, con sus vicios y desaciertos se hace humilde.» «El no levantarse á más alta fortuna puede ser desgracia; el decaer de la grandeza heredada es de ordinario culpa.» Es muy notable el documento XVIII donde dice: «Válgase de letras y de armas, que conservan unas lo que ganan otras.» «No se puede gobernar la república sin ciencias, ni se puede defender sin armas.» Decía el Rey de Nápoles y Aragon D. Alonso I: «en los libros se aprende á pelear, en las armas se enseña como se han de guardar el derecho y la justicia.» En el documento XXVI aconseja, que no se tolere la ociosidad, y ocupándose del ejército exclama:

«Teme ménos la muerte quien está hecho á sufrir que el que nunca supo de fatiga.» «El arte militar si no se ensaya, cuando es necesario no se tiene; háse de aprender en la paz. lo que se ha de obrar en la guerra.» Al ocuparse de la historia dice: «es la historia testigo de los tiempos, vida de la memoria, luz de la verdad, maestra de las costumbres, mensajera de la antigüedad, sabiduría conglobada y discurso de muchos entendimientos.» «Es una pintura hermosa que muestra lo que se ha de huir y lo que se debe obrar.» «Sábase en ella lo sucedido y se previene lo venidero.» «Es el clarín con que la fama despierta las acciones que estaban en la sepultura del olvido.» «Más enseña la historia en poco tiempo, que la experiencia en mucho; habla sin temor, desengaña sin lisonja y aconseja con libertad.»

Daríamos demasiada extension á nuestro libro, si quisiéramos mostrar, aunque brevemente, las muchas bellezas, los curiosos datos y los tesoros de ciencia que contienen los manuscritos de la Biblioteca del Escorial, y pasaremos á exponer en el próximo capítulo los códices allí existentes, cuyo conocimiento interesa más particularmente al Ejército ó sean los de ciencia, historia y arte militar.

---

## CAPÍTULO IV

---

CÓDICES DE CIENCIA, HISTORIA Y ARTE MILITAR

---

PARTE PRIMERA

---

CÓDICES GRIEGOS Y ARÁBIGOS

---

### GRIEGOS

ELIANO. Comentarios de guerra: precioso códice que ostenta en su portada bellas miniaturas de gusto bizantino y las armas de Felipe II, (para quien se hizo.) En este manuscrito, pintado por Ángel Vergicio, hay varias viñetas, y en su final una gran miniatura representando un ejército puesto en batalla. Códice con brocado de seda; consta de 51 folios. (Fuera conveniente y curioso sacar copia de sus lindas miniaturas, y no sólo de este códice, sino de otros muchos, en los que hay pinturas que representan combates como los de la guerra de Troya, hechos de Alejandro y Julio César, figuras de héroes y máquinas de guerra.) Siglo XVI; estante 87.

ELIANO. Del ordenamiento de las huestes: tratado de los cercos ó asedios; códice con 72 folios y del siglo XVI; estante 89.

NICEFORO PHOCAS. De la guerra ligera: có-

dice del siglo XVI, con seis tratados más y 173 folios; estante 86.

**QUINTILIANO ARÍSTIDES.** Autor griego, didáctico, del siglo II, (que escribió también tres libros sobre la música.) Tratado de táctica por Niceforo Phocas: códice del siglo XVI; estante 86.

**POLYENO.** Estratagemas de guerra, en ocho libros. En el principio de cada libro y en la primera hoja, hay orlas con miniaturas y un escudo; las letras mayúsculas adornadas: códice con 250 folios. Siglo XVI; estante 86.

**POLYENO.** Sus estratagemas: últimas preparaciones bélicas del Emperador Leon el filósofo: códice con 414 folios; estante 86.

**ONEXANDRO.** De arte militar: códice del siglo XVI; estante 88. (Está también traducido al latín en otro códice.)

**EL EMPERADOR LEON.** Constituciones militares: códice con 366 folios. Siglo XVI; estante 89.

**EL EMPERADOR LEON.** Táctica: códice con 153 folios. Siglo XVI; estante 89.

**ÚLTIMAS PREPARACIONES BÉLICAS.** Estante 89.

**ATHENEO.** Tratado de máquinas de guerra, con cuatro tratados más de la misma materia, siendo el último de Julio el Africano. (Tiene este códice unas láminas muy bien delineadas que debieran copiarse.) Se compone de 172 folios; es del siglo XVI y ocupa el estante 89.

**ATHENEO EL MATEMÁTICO.** De máquinas de guerra, con varios opúsculos; concluyendo con uno de Julio el Africano. Trata el primer capítulo de la fabricación de armas guerreras: códice del siglo X,

en vitela y con 308 folios; estante 90. Es un códice muy curioso y de mucha importancia militar y bibliográfica.

PROCOPIO. Guerra de los godos: en cuatro libros: códice del siglo XVI; estante 90.

EUTHYMIO ZYGABENO. Su panoplia: códice con 324 folios, escrito en vitela del siglo XIII; estante 92.

SEXTO EMPÍRICO. Tratado contra los matemáticos: códice con 380 folios, siglo XVI; estante 87.

CUESTIONES SOBRE LA MECÁNICA DE ARISTÓTELES. Códice del siglo XVI; estante 87. (Hay otro códice con la traducción en castellano de la mecánica de Aristóteles.)

APOLONIO DE PERGA. Secciones cilíndricas y cónicas, por Severo de Antisa, y tratado de la esfera: códice con 332 folios, siglo XVI; estante 91.

OBRAS DE ARQUÍMEDES Y DE LOS GEOMETRAS ANTIGUOS. Códice del siglo XVI; estante 88.

MÉTODO DE CÁLCULO ALGEBRÁICO. Códice del siglo IV; estante 88.

GEOMETRÍA DE EUCLIDES. Códice del siglo IV; estante 88.

PAPPIAS DE ALEJANDRÍA. Colección matemática de geometría; estante 88.

---

Hay en la Biblioteca del Escorial varios códices griegos, de Historia, pero como la mayor parte de ellos y de los hechos que relatan



se han traducido al arábigo, al latín y al castellano, no es preciso mencionarlos. Mucho contribuyeron los judíos en España, no sólo á estas traducciones, sino al progreso de todas las ciencias, y yá tendremos ocasion de demostrarlo.

El gran número de manuscritos de autores hebreos y arábigos existentes en la Biblioteca, nos indican que los judíos y los árabes comentaron y tradujeron todos los clásicos griegos y latinos, y es fácil hallar en esta Biblioteca diferentes códices con las traducciones de las obras de Marco Tulio Ciceron, Terencio, Platon, Valerio, Séneca, Aristóteles, Plinio, etc., etc., todos los tratados de medicina de los latinos Cornelio Celso (el hipócrates latino) Sereno, Garioponto, Constantino, Bernardo Gordonio, Pedro de Ábano, Filonio y Niculus, y entre los autores griegos y árabes cuyas obras de medicina propagaron los hebreos, hallamos las de Hipócrates. Galeno, Pablo de Egina, Alejandro de Tralles, Aecio, Oribasio, Avicena Rhassis, Averroes, Albucasis, Aliabas, Serapion, Isaac y otras muchas que mencionaremos al tratar de la medicina española y de los códices de medicina de la Biblioteca del Escorial, en el capítulo VII de este libro.

Los códices griegos del Escorial ocupan los estantes 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93 y 94 de la Biblioteca de manuscritos, elevándose su número á quinientos ochenta y tres segun el último inventario. En el capítulo V, al tratar de los códices referentes á marina, mencionaremos tambien algunos de los griegos, que tratan de combates navales y de astronomía.

Hay en esta Biblioteca un código griego que es preciso recordar, no sólo porque se trata en su primer tomo, de la vida de Moisés, sino por haber pertenecido á Hurtado de Mendoza y contiene las obras del Judío Philon, Código del siglo XIV, con 449 folios.

## ARÁBIGOS

TRATADO DE GUERRA Y ARTE MILITAR, por Aliben Abdelrhaman Ben Azil, natural de Granada. (De este código se ocupaba durante mi estancia en el Escorial, el ilustrado escritor y orientalista D. Francisco Fernandez y Gonzalez.)

HISTORIA DE LOS CALIFAS DE ESPAÑA Y DE SUS GUERRAS, por Ebn Elabar y Abdalla Alí. Año 990 de la egira: código MDCLIV.

HISTORIA DE ALGUNOS REYES MAURE-

TANOS, DE SUS COSTUMBRES, GUERRAS Y VICTORIAS, por Abu Elhasan Elhesin Elgezamí Malacensis. Año 781 de la egira: código MDCLIII.

Código MDCXXXV; de guerra y del uso de la pólvora.

Código MDCXLVII; de preceptos militares y estrategia.

ARTE ECUESTRE, por Aldhamiati.

DICCIONARIOS, índices históricos de hechos memorables, por Abu Said Abdel Malek Ben Coreinb y Abi Nasser.

ANALES HISTÓRICOS DE LOS ÁRABES, por Abu Omar Mohamad Almotharazi y Abu Amru Joseph.

DE LA HISTORIA DE LOS CALIFAS, por Manzer Ben Mohamad Ben Hazna, Jakildinus Mohamad ben Alí Alhassan y otros.

DEL EGIPTO Y DE SUS REYES, por Mohamad Abil hassan y otros.

DE HISTORIA DE LOS PERSAS, por Mansor Ben Alhassen y otros.

DE LOS ETIOPESES, por Abulpharagius Ebn Algion Assiutheus y otros.

DEL ÁFRICA, por Abdalla Ismael y Abu Mohamad Abdel halin.

DE HISTORIA, por Abulpheda, Abu Abdalla Mohamad Ben Modharaph.

DE MATEMÁTICAS, por Ben Badr.

DE GEOMETRÍA, por Ebn Algiab.

AUTORES DE HISTORIA. Código MDCXLIX  
ÍNDICE DE LOS HISTORIADORES ÁRABES. Código MDCXXXVI.

DE AUTORES ÁRABES. Código MDCLXVIII;

---

código MDCLXX; código MDCLXXI y código MDCLXXII.

HISTORIA DE LOS ÚLTIMOS REYES DE GRANADA. Código MDCCCLXXVII. (De este código tambien se ha ocupado el distinguido orientalista D. Francisco Fernandez y Gonzalez.)

---

Dice nuestro sabio Morejon al reconocer los progresos que los árabes hicieron en las ciencias, rindiendo un justo tributo al mérito de nuestros compatriotas, «que servirá de prueba á los que no ven en los moros sino una gente estúpida é ignorante y hará ver que nunca habia florecido el bello árbol de las ciencias en España, como en el tiempo en que los Califas amantes del humano saber protejieron á los hombres que se dedicaban al estudio.» «Sé que habrá quien juzgue exagerada mi veneracion para con algunos de esos secretarios de Mahoma, mas registre esos volúmenes carcomidos, esos códigos llenos de polvo, esos preciosos manuscritos dados al olvido, sepultados en los armarios de las Bibliotecas del Escorial, Sevilla y otros puntos de España y fuera de ella; lea sus páginas, retrograde á aquella época gloriosa, rival de la de Hipócrates en Grecia, y al punto verá levantar sus frentes venerables entre un cre-

cido número de sabios á los esclarecidos varones Alkathib, Ebn Abracam, Ebn El-Beythar, Averroes, Ben Thophilus, Avenzoar, Avicena, Said, Honaino, etc., etc.» «Consúlteseles, y ellos dirán cuánto la historia, la filosofía, las matemáticas, la astrología, la botánica y la medicina les deben.» «Pregúnteseles los acontecimientos literarios de su vida, y luégo responderán muchos, que por medio de largos y penosos viajes se instruyeron en el conocimiento de las lenguas orientales; que asistieron á las escuelas de los más remotos países; que tradujeron las obras de sus más esclarecidos maestros, y que volvieron con ellas á enriquecer las librerías de su nacion, esparciendo las luces de la sabiduría con las doctrinas de los primeros oráculos de la Grecia.» «La historia, esa reveladora de sucesos gloriosos y amargos á la vez, nos presenta á los árabes en el tiempo en que los griegos se recreaban en sus juegos olímpicos y los romanos en los circos, celebrando sus duelos literarios en la plaza de Okac, arguyendo sobre puntos de retórica y poesía y coronando al que los inteligentes daban por victorioso.» «Los árabes volvieron á la filosofía su antiguo esplendor, ellos fueron los que la enseñaron en Europa, los que comunicaron

el gusto de la lógica y los que publicaron las obras desconocidas del Estagirita.» «Nada diré, continúa Morejon, de sus amenas y elegantes poesías llenas de fuego y que pueden algunas competir con las del tristísimo poeta y las de Virgilio; nada de sus elocuentes historias escritas en lenguaje puro, estilo elevado y narracion sencilla de los hechos; su lectura es el testimonio más irrefragable de la afición de los árabes á esta clase de literatura.» «Véanse, en efecto, las obras de nuestros españoles Aliben Musa, las de Abdalla-Ben-Alkatib, las de Abul-Husein y Eben Alardí, describiendo ya la historia de Granada, ya las de sus Reyes, ya las guerras de España, y nos convenceremos de una verdad importante, á saber: que por la falta de cultura y de estudios que habia en aquella época de sangre en que vivieron nuestros antepasados y por la estrecha relacion que tienen los sucesos de ámbas naciones, no puede perfeccionarse nuestra historia sino en tanto que hagamos un estudio del idioma árabe para consultar á los ilustrados historiadores sarracenos.»

«Parece increíble, dice Morejon, al leer la historia de este belicoso pueblo y al meditar en las obras de sus sabios, que no contuviese la pluma de sus enemigos el respeto que